

Texto de exposición por Laura González Palacios

*Recordarlo me trae una alegría dolorosa.
Es algo humano el amor.
Algo sagrado.
Amar lo que la muerte ha tocado.*

Yehudah Halevi (c.1075–1141)

Nadie consigue escapar a la pérdida en esta vida. Nacer es morir y, aun así, nos empeñamos en mantener el dolor separado de nuestras vidas, reconociendo solo su presencia a regañadientes cuando no nos queda más remedio. La respuesta natural a cualquier tipo de pérdida es el dolor y vivir supone aceptar los ritos del duelo. Si nos abrimos a reconciliarnos con la vida y con la muerte en sus propios términos, lograremos dejar de ver la pérdida como algo sin sentido que viene del exterior, y empezaremos a entenderla como esa tendencia inherente a la capa más profunda de la existencia humana.

Con esta exposición, la artista de origen dominicano, Julia Aurora Guzmán, nos señala el valor del duelo y la importancia de vivirlo en un tiempo gerundio. Un tiempo consciente que adquiere la cualidad de espacio y que se despliega en él. Con afán simbólico, presenta una cuidada composición de piezas que funcionan como la llave para abrir una brecha entre tiempos, entre mundos y realidades. A través de representaciones imago-afectivas, Guzmán evoca la nostalgia que perdura cuando ya no se tiene acceso directo a la fuente de amor en una realidad ordinaria: las páginas del álbum de fotos vacío de su abuela difunta, la malla de coco de la isla en la que ya no vive, las cerámicas que horneó en un país en el que ya no está, el papel quemado, la semilla, el hueso, el paréntesis entre ellos... Esa nostalgia ocupa un vacío lleno de contenidos activados por el recuerdo de presencias pasadas y sucede entre el “todavía no” (not-yet) y el “ya no” (no-longer), tal y como el filósofo y sociólogo alemán, Georg Simmel, le reconoce al espíritu cuyo camino ya no asciende a su cima, sino que, saciado por las riquezas de la cima, desciende a su hogar.

La práctica de Guzmán gira en torno a los centros y sistemas de apoyo personal y colectivo, físico y emocional. A través de sus obras, en las que combina formas y materiales, representa la transitoriedad de la vida, honrando nacimientos y muertes, para volver siempre al momento presente. Ahora, en el centro de la habitación, un guiño al término japonés nagori, que significa "la huella de las olas", adopta la forma de Wave Column. Acostada, aquí, la escultura evoca los riachuelos dibujados en la arena, la espuma y los trocitos de conchas y otros detritus que dejan las olas al retirarse de la playa. Realizada durante una residencia artística en European Ceramic Workcentre (Países Bajos) a finales de 2020, la ola es de una arcilla con alta concentración de chamota, para lograr mantener la estructura sin ningún otro aditivo. La artista expresa así la necesidad de mover aquello que tenemos dentro para no estancarnos, a la vez que se rinde a la quietud del instante capturado, para apreciar todo el detalle. Julia Aurora se detiene en still para honrar, retomar y completar procesos creativos de los últimos tres años, cuando en paralelo ha estado creando nuevas piezas desde que vive en Barcelona y es residente en la fábrica de creación La Escocesa. Esas otras obras conforman un nuevo cuerpo de trabajo y no se verán en esta exposición. Otro duelo que se extiende a través de las antiguas formas sinuosas de la porcelana de ceniza de hueso, que ahora fluye con la cera caliente hasta que se fija al papel, que respira con el fuego mientras lo quema, que colorea el lugar del álbum donde había fotografías y hoy parecen dibujarse sarpullidos. Territorios irritados que se mueven entre la voluntad y la entrega al tiempo gerundio, al espacio que pueda abrirse en su totalidad, a todo aquello que deba suceder entre el todavía y el ya no.

Suele decirse que el tiempo lo cura todo, aunque me permito disentir. Si entre los dones atribuidos al tiempo lineal mundano (cronos) podemos situar el devenir de la vida, no es evidente que su mero paso baste para atravesar con dignidad y esperanza los procesos de duelo. Ni tampoco para poner en marcha la posibilidad de reparar el daño provocado por la pérdida. El duelo es un territorio nuevo cada vez, no sirven los antecedentes y no hay atajos para atravesarlo. No es lineal, más bien se da por olas y tiene que ver sobre todo con el aspecto kairós del tiempo: ese momento diferente a lo habitual en el que algo importante sucede. Por eso es fácil que la noticia de una pérdida se fije profundamente en la memoria a raíz del cómo, cuándo y dónde fue comunicada. Nuestras penas no expresadas, las historias que se nos acumulan y dejamos desatendidas, nos bloquean el acceso a aquel presente que honra la ausencia. Es nuestro deber sentir y llorar las pérdidas. Porque no es el tiempo el que cura, es lo que hacemos con él. Y con todo, sea para afrontar la falta de un ser querido o nuestros duelos ordinarios y cotidianos que surgen como respuesta a la falta de confianza en la vida, a las cargas de decepciones y desilusiones, nos es preciso encontrar formas significativas de hablar del dolor y de entender el duelo como una forma de activismo profundo. Aquí y ahora tenemos la oportunidad.